

861

PQ7297

P48

65



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad del Editor y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento. Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme a la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

85318

AL LECTOR



Al triunfar la causa republicana en 1867, puede decirse, que despertó en todo el país el espíritu aletargado por muchos años, de escribir y publicar todo cuanto se relaciona con las bellas letras en México.

Por esto está en nuestro concepto bien definida, con el nombre de "Renacimiento Literario" la época a que nos referimos.

Poco cultivó la bella literatura durante el Imperio. En 12 de Octubre de 1865, Maximiliano dirigió a su Ministro de Gobernación una carta indicándole su deseo de crear un teatro nacional, bajo la dirección del poeta español José Zorrilla. Todos saben que ese proyecto se inició en la práctica, representando el "Don Juan Tenorio" en la antigua capilla de Palacio, convertida en teatro. Pero ni el director, ni la obra, ni el autor del proyecto eran mexicanos. La dramática, como la lírica, estaban entumecidas y avengonzadas por aquellos días, y puede asegurarse que de la primera sólo llamaron la atención, dos obras, que atacaban directamente a la sociedad y al Gobierno. Una de ellas fué la comedia de José T. Cuellar titulada: "Un Ranchero de Irapuato," que puso de relieve las ridículas palabras y costumbres de los afrancesados; y la otra, una pieza compuesta por dos inteligentes alumnos de la Escuela de San Ildefonso, Don Víctor Banuet y Don Martín

Fernández de Jáuregui, denominada "El Sorteo," criticando el Decreto de enganches militares, expedido recientemente y burlándose de las prácticas aristocráticas de la efímera Corte

Fuera de estas creaciones naciobales, que naturalmente se prohibieron en cuanto fueron conocidas, nada nuevo se ofreció al público por aquellos días.

En la lírica sí se encuentran algunas producciones de mérito puramente gramatical, puesto que eran de correctos y atildados versificadores, que ni volaron nunca por los cielos de la inspiración, ni han dejado luminosa huella en los espacios de la Fama.

Debemos confesarlo con franqueza; los verdaderos poetas, habían hecho lo que los antiguos cantores de Israel, junto á los ríos de Babilonia, colgando sus arpas en los sauces, mientras pasaba la tormenta de dolores que le agobiaban.

Parece que con la victoria de las armas nacionales, la inspiración surgió con bríos nuevos, llena de lozanía y de frescura, como las hojas que visten en Europa á esos árboles que han pasado largos meses envueltos en sudarios de nieve.

A los pocos días de instalado el Gobierno Republicano, un inolvidable caballero, gala de la patria por sus ideas puras y sanas, orgullo del Foro por su sabiduría y ornamento de la sociedad por sus finas maneras, convocó en su casa para una reunión á todos los escritores y poetas que estaban en la Capital, para que solemnizaran la paz y el progreso empuñando en vez del fusil y la espada, la lira y la pluma. Nos referimos al Sr. Lic. D. Rafael Martínez de la Torre.

En torno suyo, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortiz, Manuel Peredo, Alfredo Chavero, Julián Montiel, Joaquín Téllez, Juan P. de los Ríos, Joaquín Villalobos, Justo Sierra, Enrique Olavarria, José T. de Cuellar, Rafael González Paez, Juan A. Mateos, Lorenzo Elzaga, Juan Clemente Zenea y otros varios, hicieron oír de nuevo sus inspirados cantos y sostuvieron el movimiento literario de México.

Las *Revistas* del Sr. D. José María Iglesias, conteniendo los hechos más notables de la peregrinación de Paso del Norte y del dominio

extranjero; los libros de D. Matías Romero, historiando todos los asuntos de nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos; las *Reseñas sobre el Ejército del Norte durante la Intervención Extranjera*, escrita por D. Juan de Dios Arias; los *Ensayos Políticos*, del Sr. Elizaga; la *Reseña sobre la Campaña de Puebla*, por D. Pantaleón Tovar; los *Apuntes ó Memorias sobre la Intervención Extranjera*, que escribió, sin lograr concluir, el Gral. Juan N. Mirafuentes; las obras de D. Manuel Payno intituladas *Cuentas, Gastos Acreedores, y Otros asuntos del tiempo de la Intervención Francesa y del Imperio*, y *Lecciones de Economía Política*; las *Memorias sobre la revolución é independencia de México*, por D. Anastasio Zerecero; el *Ensayo de un Estudio Comparativo entre México y los Estados Unidos*, por D. José Díaz Covarrubias; los *Apuntes sobre un Sistema Militar para la República*, por D. Manuel Balbontín; los *Nuevos Métodos Astronómicos para determinar la hora, el azimut, la latitud y la longitud geográfica, con entera independencia de medidas angulares absolutas* y el *Tratado de Topografía*, de D. Francisco Díaz Covarrubias; el *Compendio de Gramática de la Lengua Española, según se habla en México*, y el *Catecismo de Moral* de D. Nicolás Pizarro; las *Lecciones de Geografía, Estadística Mercantil é Historia del Comercio*, de D. José María Baranda; la *Geografía Universal y Particular de México*, de D. Antonio García Cubas, y los *Estudios sobre la Educación* de D. Ignacio Ramírez, así como otras muchas obras que no citamos para no pecar de difusos demuestran evidencialmente el incremento que las ciencias y las artes adquirieron desde luego, á la sombra del pabellón republicano.

Respecto de Literatura, mucho tendríamos que decir; pero bástenos recordar que en aquellos días se publicaban obras de grande oportunidad; porque como dice el Sr. Altamirano: "el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República; quería conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus infortunios;" obedeciendo á esta necesidad, escribió Juan A. Mateos sus novelas "El Sol de Mayo" y "El Cerro de las Campanas;" y el inspirado Vicente Riva Palacio, publicó sus novelas "Calvario y Tabor," "Monja y Casada, Virgen y Mártir," "Martín Garatuza," "Los Piratas del Golfo," "Don Guillén de Lampart," "Las dos Em-

paredadas" y "La Vuelta de los Muertos;" Altamirano escribió y publicó deliciosas revistas de arte y letras; sus novelas "Clemencia" y "La Dama de Honor," sus "Rimas," verdaderos modelos de poesía americana y fundó para gloria de México un elegante semanario intitulado: "El Renacimiento," con la constante colaboración de todos los escritores más notables; José María Ramírez "El Viejo," publicó sus originales novelas "Una Rosa y un Harapo" y "Los Picaros;" D. Anselmo de la Portilla escribió su novela "Virginia;" Aniceto Ortega escribió "La Bruja de Beruley;" Enrique Olavarría, "El Tálamo y la Horea" y "Lágrimas y Sonrisas;" José Rivera y Rfo publicó sus "Flores del Destierro" (poesías), y sus novelas "El Hambre y el Oro" y "Los Dramas de Nueva-York;" y D. Pedro Santacilia dió á la estampa sus bellísimos é interesantes "Apólogos."

Bajo esta influencia, en medio de este movimiento inusitado y asombroso, las Escuelas Nacionales, hospedaban en sus cátedras, á jóvenes bisonños todavía, que amaban las letras, cultivando en silencio el divino arte de la poesía. Entre estos jóvenes, figuraban como inspirados y precoces, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Agustín F. Cuenca Rafael Rebollar Gustavo Baz, Francisco Cosmes, Agustín García Figueroa, José Manuel Gutiérrez Zamora, Juan B. Garza, Manuel de Olagníbel José Olmedo y Lama, Francisco de P. Ortiz, Miguel Portillo, Javier Santa María, Agapito Silva, Edmardo E. Zárate, Ramón Rodríguez Rivera y Rodolfo Talavera.

Todos estos jóvenes han brillado más ó menos en nuestro Pá-naso, y deber nues're es confesar que han sido alentados por Ramírez, Prieto, Riva Palacio, y sobre todo, por Ignacio Mannel Altamirano, que los ha visto y considerado como á hijos prodileitos de su corazón entusiasta.

Fijados así los orígenes de la generación nueva, creada por el triunfo de la República, nos ocuparemos suscintamente para no fatigar á los lectores, de la índole del libro "LA LIRA DE LA PATRIA" del que es autor Juan de Dios Peza, muy conocido por sus muchas y bellísimas producciones, no sólo en nuestra Patria, sino en todos los dominios de la lengua castellana y en extraños países como lo acredita

la traducción hecha al ruso, al italiano, al inglés, al portugués y al francés de algunos de los "Cantos del Hogar." No nos ocuparemos de la biografía del poeta; nos toca solamente hablar de la utilidad y significación del libro que encabezamos con estas líneas.

Para nadie es un misterio que la propaganda de fríos sistemas filológicos; el desconocimiento de muchos héroes y de muchos hechos, amortiguan el amor patrio y el culto por el pasado en los ocasiones nuevos, y este libro tiende en todas sus páginas á robustecer ese culto, á conmemorar sucesos de altísima importancia histórica; á no consentir que se pierdan los nombres de los mártires; á infiltrar una devoción por todo lo que ha sido grande y hermoso en los anales patrios, y á demostrar por último, que el poeta moderno ya no pulsa el laúd que resonaba junto á los castillos de la Edad Media, ni el mandolín que sólo saludaba el crecimiento de una rosa ó el vuelo de una alondra, sino que busca en los hechos y asuntos que le rodean, un motivo real y verdadero para sus inspiraciones. De esta suerte, los versos á la vez que cautivan, enseñan y aprovechan, y no hay mejor manera de fijar en el ánimo el amor á lo bueno y á lo noble, que la de presentarla en la más hermosa y más sencilla de las formas.

El mexicano que ausente de su patria, ó recorriendo en ella la vasta extensión de su territorio, lea "LA LIRA DE LA PATRIA," se conmovera indudablemente, sintiendo en lo más íntimo de su pecho, el orgullo natural y santo de haber nacido en región tan privilegiada y tan heroica.

No puede acusarse al autor de romántico, por más que nosotros creamos, que mientras haya en el mundo amor que lleve hasta el sacrificio, dolores que rediman, esperanzas que consuelen y privaciones que fortalezcan, poniendo de relieve la honradez, la fe y la lealtad, habrá romanticismo y bardos que lo cultiven para provecho de las sociedades.

Después de leído este libro, no se le llamará á Juan de Dios Peza, "cantor del hogar" solamente, sino "del hogar y de la patria," pues no es poco, ni inservible, lo que su nativa tierra le ha inspirado.

No es nuestra época, una de las más propicias para el culto de la poesía. De la sociedad en general pudiera decirse lo que el galano y erudito escritor chileno Don Efraim Vázquez Guarda, en su reciente e interesante libro, "Tijos y Reveses" ("Crítica y Sátira") dice del medio en que vivimos.

"Vivimos en un centro en que es mengua ante los ojos de muchos cultivar la literatura. Se prefieren los asuntos económicos ó los sociales, con exclusión de todos los demás. Saber gramática y escribir como Dios y el buen gusto lo mandan, es cosa á la cual muchos no le hallan objeto. En efecto, ¿se necesita acaso de ella para *endosar un vale* ó para saber lo que Darwin, Littré y tantos más piensan acerca de origen de las cosas y del hombre en primer término?"

Por fortuna, en México se aman las letras y todavía hay muchos que buscan gratisimo soláz en los libros. Juan de Dios Peza que escribió en unión del erudito é inspirado Vicente Riva Palacio "Leyendas y tradiciones mexicanas," busca ahora en los episodios contra el invasor extranjero, en la conmemoración de los héroes y en alabar nuestras glorias, nuevo cauce á su inspiración fecunda.

Esto es el mejor testimonio de que en el brumoso *medio ambiente* en que nos agitamos, con las convulsiones económicas y sociales, hay sin embargo quien tañe el sonoro laúd de áureas cuerdas cuyas dulces notas son tan gratas y consoladoras, como los ecos de la canción que en la infancia nos arrullaba y nos conmovía.

Sirva esta interesante obra de estímulo á los que se propongan continuar la tarea iniciada por el popular Guillermo Prieto con su valioso "Romancero nacional," seguido por Peza con sus "Romances de la guerra extranjera" y terminada en el porvenir por tantos hijos predilectos de las musas, que sienten correr en sus venas al fuego sagrado de la inspiración y del amor patrio.

Ya un modesto y levantado poeta épico, Don Eduardo del Valle ha cantado al inmortal "Cuauhtemoc" mereciendo su poema hermoso los honores de la traducción al francés, según se lo anunciara el poeta parisiense Raoul de Reyrols; ya el dramático Peón Contreras, justamente laureado, escribió un "Romancero de glorias y tradiciones az-

tecaz," ya Chavero llevó á la escaua á Xóchil, y un ilustre joven uruguayo, el Dr Pedro Mascaró y Sosa presentó como tesis en la Universidad Central de Madrid, un estudio sobre la poesía méxico-gentilica. Son innumerables las leyendas, romances y novelas que de asuntos nacionales tratan y parece que gusta y acepta este nuevo género que ha de constituir una literatura propia.

¡No hay que desmayar en tarea tan noble, poetas del Anáhuac! Cada libro de autor mexicano que aparece, es un nuevo contingente para la reputación y la gloria en que hemos nacido, y como dice el sabio Ignacio Ramírez.

"Lo importante para el literato es el ejercicio; luchando se forman los generales; pintando se revelan los artistas y fulminando los rayos de la elocuencia y confundiendo quejidos con la lira tal vez conseguiremos ser oradores ó poetas; por lo menos no nos avergonzará nuestra ignorancia."

Hagá nos libros de lo nuestro, y para lo nuestro, y seremos sin duda más comprendidos y más estimados en el mundo.

¡Ojalá que este libro produzca moralmente los fecundos resultados á que lo destinan sus páginas, y que á la vez despierte en derredor del poeta otro aplauso, que sea un nuevo lenitivo á sus dolores humanos!

Tlalnepantla, Febrero de 1893

ALBERTO FRANCO

COLON E ISABEL

A EVARISTO FOMBONA

Cantar á ese gigante soberano
Que al soplo de su espíritu fecundo
Hizo triunfar el pensamiento humano
Arrebatando al mar un nuevo mundo;
Cantar al que fué sabio entre los sabios,
Cantar al débil que humil ó a los grandes,
Nunca osarán mi lira ni mis labios
Forman su eterno pedestal los Andes,
El Popocatepetl su fe retrata,
Las pampas son sus lechos de coronas,
Su majestad refleja el Amazonas,
Y un himno á su poder tributa el Plata.
No es la voz débil que al vibrar espira,
La digna de su nombre puede tanto
La palabra fogiz...? ¿Quién no lo admira?
La mar, la inmensa mar, esa es su lira,
Si Hómero el sol, la tempestad su canto.

Cuando cual buzo audaz, mi pensamiento
 Penetra del pasado en las edades,
 Y mira bajo el ancho firmamento
 De América las vastas soledades:
 El inca dando al sol culto ferviente,
 El araucano indómito y bravo,
 El azteca tenaz que afirma el tronco,
 A lunando al saber el poderío
 ¡A cuántas reflexiones me abandono
 Todas esas sabanas calentadas
 Por la luz tropical, llenas de flores,
 Con sus boques incultos, y sus selvas,
 Llenas de majestad; con sus paisajes
 Cerrados por azules horizontes,
 Sus montes de granito,
 Sus volcanes de nieve coronados,
 Semejando diamantes engarzados
 En el esmalte azul del infinito;
 Las llanuras soberbias é imponentes,
 Que puebla todavía
 En la noche sombría
 El eco atronador de los torrentes;
 Los hondos ventisqueros,
 Las cordilleras siempre amenazantes,
 Y al aire sacudiéndose arrogantes,
 Abanicos del monte, los palmeros;
 No miro con mi ardiente fan'asia.
 Sólo una tierra virgen que podría
 Ser aquel legendario paraíso
 Que solo Adán para vivir tenía;
 Miro las nuevas fecundantes venas
 De un mundo á gran les fines destinado,
 Con su Esparta y su Atenas,
 Tan bello y tan feliz como ignorado.
 Para poder cantarlo, busca el verso
 Una lira con cuerdas de diamante,

Por único escenario el Universo,
 Voz de huracán y aliento de gigante.

Que des'ence la aurora
 Sus guedejas de rayos en la altura:
 Que los tumbos del mar con voz sonora
 Pueblen con ecos dulces la espesura:
 Que las aves del trópico, teñidas
 Sus alas en el iris, su contento
 Den con sus cadencias tan sentidas
 Que van de selva en selva repetidas
 Sobre las arpas que columpia el viento,
 Venid conmigo á descorrer osados
 El ve'lo de los siglos ya pasados.

Tuvo Don Juan Segundo
 En Isabel de Portugal, la bella,
 Un ángel, que más tarde fué la estrella
 Que guió á Colón á descubrir un mundo.
 El claro albor de su niñez tranquila
 Se apagó en la tristeza y en el llanto:
 En el triste y obscuro monasterio
 Donde, envuelta en el luto y el misterio;
 Fué Blanca de Borbón á llorar tanto;
 Allí Isabel fortaleció su mente,
 Y aquel claustro de Arévalo imponente
 Fe le dió para entrar al mundo humano;
 Dió vigor á su espíritu int'anquilo;
 Fué su primer asilo soberano,
 Cual la Rábida fué primer asilo
 Del Vidente del mundo americano.

Muerto Alfonso, su hermano,
 En el convento de Avila se encerró,
 Y hasta allí van los grandes de la tierra,
 Llenos de amor á disputar su mano.
 Ella da el triunfo de su amor primero
 A su igual en grandeza y en familia,

Al que, rey de Sicilia,
 Es de Aragón el príncipe heredero.
 A tan gentil paraja
 Con ensañado afán persigue y veja
 De Enrique Cuarto la orgullosa Corte;
 Pero palpita el alma castellana
 Que de Isabel en la gentil persona,
 Más que la majestad de la corona,
 Ve la virtud excelsa y soberana.
 La España en Guadalete decaída,
 Y luego en Covadonga renacida,
 No vuelve á unirse, ni por grande impera,
 Hasta que ocuza, sia rencor ni encono,
 De Berenguela y Jaime el áureo trono,
 El genio augusto de Isabel Primera!
 Grande en su sencillez, es cual la aurora
 Que al asórmarse, todo lo ilumina;
 Humilde en su piedad, cual peregrina
 Va al templo en cada triunfo, y reza, y l'ora,
 Nada á su gran espíritu le agobia:
 Desbarata en Segovia
 La infiel conjuración; libra á Toledo;
 Fija de las costumbres la pureza;
 El crimen blasonando en la nobleza
 Castiga, vindicando al pueblo ibero:
 Por todos con el alma bendecida,
 Por todos con el alma idolatrada,
 Rinde y toma vencida,
 Edén de amores, la imperial Granada.
 Dejádme que venere
 A esa noble mujer . . . Llegóse un día
 En que un errante loco le pedía,
 Ya por todos los reyes desdeñado,
 Buscar un hemisferio, que veía
 Al á en sus sueños por el mar velado.
 No intento escudñar el pensamiento
 Del visionario que á Isabel se humilla.

¿La América es la Antilla
 En que soñó Aristóteles? ¿La A lántida
 Que Pató imagina en su deseo,
 Y menciona en su diálogo el Timéo?
 ¿Escandinavos son los navegantes
 Que cinco siglos antes
 De que el insigne genovés naciera,
 Fijo en Islandia su anhelar profundo,
 Al piclago se arrojan animados,
 Y son por ruda tempestad lanzados
 A la región boreal del Nuevo Mundo . . . ?
 ¡Yo no lo sé! Se ofusca la memoria
 Entre la noche de la edad pasada;
 Sólo hay tras esa noche una alborada:
 Isabel y Colón: ¡La Fe y la Gloria!

¡Cuántos hondos martirios, cuántas penas
 Sufrió Colón! ¡El dolo y la perfidia
 Le siguen por doquier! La negra envidia
 Al vencedor del mar puso cadena!
 Maldice á Bobadilla y á Espinosa
 La humanidad que amamantarlos plugo,
 El hondo mar con voz estrepitosa
 Aún grita maldición para el verdugo!
 El mundo descubierto,
 A hierro y viva sangre conquistado,
 ¿Fue solamente un lóbrego desierto?
 ¿Vive? ¿palpita? ¿crece? ¿ha progresado?
 ¡Ab, sí! Tended la vista . . . Cien naciones,
 Grandes en su riqueza y poderío,
 Responden con sonoras pulaciones
 Al eco tosco del acento mío.
 El suelo que Cortés, airado y fiero,
 Holló con planta osada,
 Templando lo terrible de su espada
 La dulzura y bondad del misionero;
 Cual tuvo un Cuauhtemoc, que al mundo asombra,

Tuvo después cien héroes: un Hidalgo,
 Cuya palabra sempiterna vibra;
 Un Morelo, en genio esplendoroso;
 Un Juárez, el coloso
 Que de la Europa y su invasión nos libra!
 Bolívar, en Santa Ana y Carabobo,
 Y en Ayacucho Sucre, son dos grandes,
 Son dos soles de América en la historia,
 Que tienen hoy por pedestal de gloria
 Las cumbres gigantescas de los Andes.
 ¡Junín! el solo nombre
 De esta epopeya mágica engrandece
 El lauro inmarcesible de aquel hombre,
 Que un semidiós al combatir parece.
 Sucre, Silva Salom, Córdoba y Flores,
 Colombia, Lima, Chile, Venezuela,
 En el Olimpo para todos vuela
 La eterna fama, y con amor profundo
 La ciñe eterna y fúlgida aureola:
 ¡Gigantes de la América española,
 Hoy tenéis por altar al Nuevo Mundo!
 Ningún rencor nuestro cañño estraña:
 Del Chimborazo, caya frente baña
 El astro que á Colombia vivifica,
 A la montaña estrella
 Que frente al mar omnipo'ente brilla,
 Resuena dulce, sonora y be la
 El habla de Castilla:
 Heredamos su arrojo, su fe pura,
 Su nobleza bravía.

¡Ob, España! juzgo m'ngua
 Lanzarte insultos con tu propia lengua;
 Que no cabe insultar á la hidalgua.
 En nombre de Isabel, justa y piadosa,
 En nombre de Colón, ningún agravio
 Para manchar tu historia esplendorosa
 Verás brotar de nuestro humilde labio.

¡A Colón á Isabel el lauro eterno!
 Abra sus áureas puertas al Olimpo,
 Y ofrezca un trono á su sin par grandeza:
 Resuene en nuestros bosques el arrullo
 Del aura errante entre doradas pomas:
 Las flores en capullo
 Denles por grato incienso sus aromas:
 El volcán, pebetero soberano,
 Arda incesante en blancas aureolas,
 Y un himno cadencioso el mar indiano
 Murmure eterno con sus verdes olas.
 El universo en coro
 Con arpas de cristal, con liras de oro,
 Al ver á los latinos congregados,
 Ealsalce ante los pueblos florecientes
 Por la América misma libertados,
 Aquellos genios, soles esplendentes
 De Colón é Isabel, y con profundo
 Respeto santo y con amor bendito,
 Libre, sereno, eterno, sin segundo
 Resuene sobre el Cosmos este grito:
 ¡Gloria al descubridor del Nuevo Mundo!
 ¡Gloria á Isabel, por quien miró cumplida
 Su gigantesca empresa soberana!
 ¡Gloria, en fin, á la tierra prometida
 La libre y virgen tierra americana!

HIDALGO

Mártir de tu conciencia! Nuestra historia
Bañada está en la luz de tu grandeza;
El pueblo cambió en culto tu memoria,
Y las canas que ornaban tu cabeza
En hojas de laurel tornó la gloria.

Si con mundos de luz tu santo nombre
En el cielo de México está escrito,
Que vele al pueblo y al tirano asombre;
Para ser libre te bastó ser hombre,
Para ser inmortal te bastó un grito.

Ahora venimos á tu altar trayendo
De respeto y amor eternas flores,
Tu muerte y tus martirios bendiciendo;
Míranos con el alma repitiendo
Las divinas palabras de Dolores.

Feliz aquel á quien el mundo llame
El cantor de tu gloria, noble anciano;
Labio feliz el que tu nombre aclame;
¡Feliz todo el que en ti venere y ame
Al Redentor del pueblo mexicano!

1869.

*El secreto está
en la página #100*

LA VICTORIA DE TAMPICO

(Escena del segundo acto de "El Capitán Miguel")

Sargento— Cuando fué el bravo Guerrero
Presidente, yo era un chico
y en aquel tiempo á Tampico
llegó un general ibero.

Miguel.— ¡Barrada?

Sargento.— Justo; eso es;
Barradas precisamente
queriendo, audaz y valiente,
ser un nuevo Hersán Cortés.
Entonces, sólo al decir
que extraña tropa llegaba
el Gobieano ya miraba
Enlutado el porvenir.
Y por prudencia ó temor
cesaban goces y fiestas,
Haciéndole mil protestas
á cualquier Embajador.
Barradas, bravo y experto,
Vencer á México anhela
y entra altivo á toda vela,
como Virrey frente al puerto.
Santa-Ana, á la patria fiel,
tan audaz como animoso
derrotó al jefe ambicioso
ganando eterno laurel.

Fué una derrota ejemplar
 que no olvidará la Historia
 pues allí alcanzó la gloria
 de hacerlo capitular.
 En México, ¡Qué ansiedad
 por saber el resultado!
 Estaba en completo estado
 de agitación la ciudad.
 Una noche, á ver un drama
 Guerrero fué al coliseo,
 un teatro tosco y feo
 que "Principal" se le llama.
 Llegado el acto tercero,
 Ve' con asombro la gente
 que al palco del presidente,
 entra, con traje de cuero,
 un hombre y le da un papel;
 Guerrero al leerlo llora,
 y el público en esa hora,
 enternecido con él,
 supone lo que le avisa,
 al Presidente aquel pliego
 y queda mudo, en sosiego,
 entre lágrimas y risa.
 Cuando acabó de leer
 Guerrero, se levantó
 de su asiento y así habló
 sin poderse contener:
 "Si con frases no me explico,
 "el llanto lo hará por mí ..."
 "me comunican aquí
 la victoria de Tampico...!"
 "Vencido está el jefe ibero,
 "Santa Ana lo derrotó..."
 Y un gran grito resonó:
 "¡Vivan Santa-Ana y Guerrero!"
 Guerrero con alegría,

dijo enseñando leal
 la faja de general
 que en la cintura tenía:
 "Mando al brigadier Santa-Ana,
 "Esta faja, no os asombre,
 "Para que la porte en nombre
 "De la Nación Mexicana."
 Volvió el público á gritar
 Nuevos vivas y á aplaudir,
 en unos era el reír,
 en otros era el llorar
 y no hay mármoles ni bronces,
 ni existen tinta y color,
 que puedan pintar, señor,
 el patriotismo de entonces.

Miguel—Tu buena memoria pasma
 A cualquiera, mi sargento,
 Tu relato da contento,
 Enardece y entusiasma.

Sargento.—Cuando el teatro dejaron
 todos con gran ansiedad,
 ¿Sabeis lo que en la ciudad
 con asombro contemplaron?
 Adornadas con festones
 todas las casas vecinas,
 con faroles y cortinas
 en cornisas y balcones;
 sobre las torres bermejas
 De los vetustos conventos
 gallardetes, ornamentos,
 guirnaldas y candeléjas.
 Las calles ... ¡qué animación!
 Las gentes si se encontraban,
 entusiasmas se abrazaban
 con lágrimas de emoción.
 No se escuchaba un reproche,
 Todo era franco y sincero,

que estaba México entero
de triunfo en aquella noche.
Y todos los mexicanos
que un mismo placer sentían,
entonces sí se querían
como si fuesen hermanos . . .
Me enternezco cuando pienso
en esto, porque señor
no he visto un modo mejor
de dar á un bravo un ascenso,
ni un modo más natural,
más franco, más elocuente,
de expresar públicamente
el contento nacional.
Glorias del pasado son,
mas para un viejo soldado,
esas glorias del pasado
dan vida á su corazón

DE MARINERO A TRAPISTA

AL SEÑOR GENERAL DON VICENTE RIVA PALACIO

Nieto del inmortal caudillo de la Independencia

DON VICENTE GUERRERO

—
I
Cuando ya todos los héroes
que con Hidalgo surgieron,
quedaron frente al destino,
aprisionados ó muertos;
sólo un tenaz insurgente,
el indomable Guerrero,
sostuvo entre las montañas
la libertad y el derecho.

—
El, desde ochocientos once
que entró á servir con Morelos,
asistió á muchos combates
en que demostró su genio;
y el año de diez y nueve
faeron tantos sus esfuerzos,
que alcanzó veinte victorias
contra el virreinal ejército.

—
Más tarde, cuando Iturbide
alió para darle encuentro,
siendo por él derrotado

del Sur en los campamentos;
se le entregó como adepto
Y al fin en una entrevista
celebrada el diez de Enero
de ochocientos veinte y uno,
de Acatempam en el pueblo,
juráronse en un abrazo
obrar de común acuerdo
para proclamar muy pronto
la independencia de México.

Guerrero fué como el águila,
altivo, incansable, fiero,
halló nido en la montaña,
la caza le dió alimento,
jamás lograron rendirlo
y cuando en calma le vieron
era porque ya la presa
hubo en sus garras deshecho.

II

Tal era el bravo insurgente
que, por sus brillantes méritos,
figuró luego en la Patria
como jefe del Gobierno;
dejándonos por memoria
y por glorioso recuerdo,
la victoria de Tampico
conquistada en dos sangrientos
combates que aniquilaron
al invasor extranjero.

Fueron Terán y Santa Anna
Quienes con gran ardimiento
alcanzaron el triunfo

contra un brigadier ibero
que vencido y desarmado
con su flota dejó el puerto.

III

Cuando ya sin ingerencia
en asuntos del Gobierno
tranquilo en el Sur vivía
el indomable Guerrero,
por temor á su fiereza
un crimen se tramó en México.

El General Bastamante
y sus Ministros, creyeron
oportuno darle muerte
al soldado de Morelos;
y hay quien diga que hubo alguno
que así exclamó en el consejo:
"á ese suriano terrible
hay que quitarle de enmedio."

No era fácil darle alcance
ni era posib'e vencerlo,
y á un genovés, Picaluga,
corazón infame y negro,
como á Judas lo compraron
para consumar el hecho.

Picaluga tenia surto
un bergantín en el puerto
de Acapulco y era amigo
del bravo adalid del pueblo;
lo convidó una mañana,
á principios de Febrero,
á almorzar en el *Colombo*,

el héroe asistió al almuerzo,
y en cuanto le tuvo á bordo
se dió á la vela ligero,
y fué á entregarlo en Huatulco
á las fuerzas del gobierno.

Por aquella negra infamia
cobró cincuenta mil pesos;
y nadie supo á que sitio
huyó el traidor marineró.

En tanto al héroe suriano
á Oajaca lo trajeron
lo juzgaron á su antojo
en ridículo consejo,
mil crímenes le imputaron,
mil faltas le supusieron,
y ya sentenciado á muerte
lo fusilaron enfermo,
en la villa de Cuilapa
el catorce de Febrero
del año de treinta y uno.....
año en nuestra historia negro!

Cuando en el almirantazgo
de Génova, cenocieron
a infamia de Picaluga,
publicaron un decreto
declarándolo ante el mundo
traidor, vil'ano y artero;
sentenciándolo á que muera
por la espalda, sin derecho
á sepultura sagrada,
ni á luto ni á testamento.

Breves pasaron los años
y l más profundo misterio

veló á todos el destino
del infame marineró.
Contábanse mil consejas
que amedrentaban al pueblo,
pero la verdad, lo triste,
lo horripilante, lo cierto,
era que el héroe de Tixtla,
el soldado de Morelos,
gozaba en humilde tumba
del último de los sueños
causando duelo á la Patria
y rubor á su Gobierno.

IV

Cuando cayó Bustamante
y que los años corrieron,
uno de sus más adictos
hombre rico y de provecho,
hizo un viaje á Tierra Santa,
pues era cristiano viejo.

Llegado á la Palestina
fué á visitar el convento
en que moran los trapistas
pensando ganar el cielo.
Al atravesar un claustro,
dicen que salió á su encuentro
un fraile, cuyo semblante
en amplia capucha envuelto
velaba con blanca barba
que le bajaba hasta el pecho.
—¿No me conocéis?—le dijo,
—No—respondióle el viajero.
—Pues llevo aquí muchos años
de rogar al Ser Suprem ,

que á Bustamante y sus hombres,
y á mí, que fui su instrumento,
nos perdone compasivo
y nos absuelva en su reino
del crimen que cometimos
con el general Guerrero.

Soy Francisco Picaluga.....

—Picaluga !i

—Humilde siervo

de Dios, á quien lo devora
un tenaz remordimiento.

Sin decir una palabra
y de admiración suspenso
el viajero conmovido
salió del triste convento
y después de algunos años
al referir el suceso
temblaba cual si estuviera
junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

NI EL NOMBRE NI EL OFICIO ⁽¹⁾

¡ Cuentan crónicas añejas
En nuestra tiempo olvidadas,
Que allá en un pueblo escordido
De la sierra queretana
Vivió un español anciano,
Cuyos años delataban
En la frente las arrugas
Y en la cabeza las canas.

Era de carnes enjuto,
De penetrante mirada,
De generosas acciones
Y de muy pocas palabras.
Icansable en el trabajo,
Madrugaba con el alba,
Y era en su vestir humilde
Y en discreción una est. tua.

Por apodo "el ermitaño";
En la sierra le llamaban

1. El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. - No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coro nel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra—J. de D. P.